

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Carlos Spíndola

“Los oficios del país nublado”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 71, enero-marzo de 2025, pp. 25-26.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Los oficios del país nublado

Carlos Spíndola

A Xalapa

Al pie del último muro de lo que fue un convento franciscano, Lucio Blanco permanece en cuclillas, mirando hacia la nada, mientras rasga el unícel de un plato con un tenedor de plástico. Llevo rato mirándolo, yo también, inerte. La mañana apenas brota con su tímida luz. Ni siquiera los pájaros han despertado; un taxi solitario surca la calle y corta el hilo que he tendido hacia Lucio, que ahora se levanta y viene hacia mí.

La cafetería ya está abierta. Le prendido todas las máquinas, he limpiado las mesas y cambiado el agua a las flores, pero todavía no pongo música. Quiero escuchar el silencio, hacerme uno con él. No he podido, ni siquiera con el paso de los años, deshacerme de mis prácticas contemplativas aprendidas en otra vida, cuando me formaba para ser misionero en la India, por decir cualquier parte del mundo que me resultara lejana.

De pronto, un pensamiento, este verso de Pär Lagerkvist: “Quién eres tú que llenas mi corazón de tu ausencia, que llenas todo el mundo de tu ausencia”. El cielo sigue pálido y desnudo.

Lucio Blanco gruñe ahora frente a mí, Dios ha hablado. Quiere café. Me extiende sus manos, sostiene un vaso de cartón de otra cafetería. Ya le he dicho que le sirvo en vasos

nuevos, pero insiste en que sea en este. Se parece a la gente que nunca lava sus cafeteras por miedo a que estas pierdan “el sabor a café”. Hay muchas creencias y yo, que sigo rezando a un Dios ausente, no estoy en posición para juzgar ninguna de ellas. Así que tomo el vaso y le vierto agua caliente, luego dos espressos. “Ya soy un maldito adicto”, me dice, aunque no sé a cuál de todas sus adicciones se refiere. Lo digo sin juzgar, cómo podría si bebo seis espressos diarios.

Aquí viene mucha gente, no tardan en comenzar a llegar. Vienen, al igual que Lucio, pidiendo café, aunque, sobre todo, vienen a gruñir o llorar sobre la barra. Un año aquí ha sido suficiente para asumir un papel particular como anfitrión: la gente llega, pide un café, llora, confiesa sus infidelidades o desdichas. Yo los escucho con las manos ocupadas, pero mirándolos constantemente. No tengo otra cosa mejor que hacer, no ahora. Escucho a la gente y les preparo café según su estado de ánimo. Si están alegres ofrezco un café de notas frutales, hecho de manera artesanal. Si están tristes, mejor tomar algo con leche tibia, quizás un capuccino, no importa que le echen azúcar, lo necesitan.

A veces, me pregunto si mi madre se sentirá orgullosa de que su hijo esté pasando los años de su plenitud sirviendo café y escuchando vidas ajenas

de gente que ha venido a vivir sobre este arenal. También se lo cuestiono a mi yo del pasado: al joven arrogante, al universitario, al que soñaba con codearse con los académicos y artistas mientras habla de su última novela, esa que no he terminado de escribir. “Vine aquí a escribir una novela”, le respondo a los clientes que me preguntan mi razón de ser en esta ciudad. Es propio de los escritores huir de ciudad en ciudad. Nadie cuestiona eso, ni el hecho de que se debe ganar tan poco como escritor que hay que trabajar en un café para sobrevivir y terminar la novela pendiente.

Lo he repetido muchas veces: “he venido aquí a escribir una novela”. Se lo digo a todos, incluso, una vez, se lo dije a una reconocida artista cuando me la encontré en una fiesta: “Vine aquí a escribir una novela; cuando la termine me gustaría enviártela”. Ella, complacida, me dijo que sí, aunque nunca me pasó su correo electrónico. “Vine aquí a escribir una novela, Lucio”, le digo al hombre desaharrado, mientras le entrego su café. Él, en un momento de lucidez, comienza a hablarme de su madre, que todavía vive en el sur de Veracruz, y de su tiempo como general antes de que se convirtiera en un adicto al pagamento.

Intuyo que Lucio no estuvo en el ejército. Hace poco descubrí que, en realidad, su nombre lo tomó de una calle nombrada así en honor a un general veracruzano: Lucio Blanco. Pero, no sería capaz de cuestionar ningún nombre en esta ciudad que, más bien, hace las veces del sanatorio que describe Thomas Mann en *La montaña mágica*. Con la pertinente excepción de no estar cobijada por los Alpes suizos, sino por el bosque mesófilo de montaña.

A este lugar la gente viene a sanar: la niebla cubre de moho

las heridas y hace brotar de ellas un rostro nuevo. Por eso, nunca le preguntaría a Lucio Blanco cuál es su nombre verdadero, porque hoy, en esta mañana que ya se satura de sol, su único nombre es Lucio Blanco. Hemos hecho ese pacto. Él tampoco sabe mi nombre, no sabe de dónde vengo, no me ha preguntado la razón de mi ser aquí, aunque yo insisto en decírselo porque me siento pretencioso ante sus ojos, forjados en la precariedad y la miseria: “vine aquí a escribir una novela”.

Nunca le he preguntado su nombre a ninguna de las personas que me han confesado sobre la barra de café estar aquí por no tener un lugar más cierto para ser y se sienten solos y con miedo. Nos orinamos en los pantalones, existencialmente hablando. Los he amado desde lo más hondo, les recibo en la cafetería con un café de cortesía, como un refrigerio que les ayude a seguir en su viaje hacia sí mismos. Finalmente, qué es la hospitalidad sino el amor al extraño. Al cabo de unos días o

meses, se curan y se van. Poco a poco voy formando un álbum de rostros que, a falta de retratos físicos que pueda colgar en la cafetería, los llevo conmigo cada mañana. A veces, pienso en varios de ellos antes de hacer mi primer café.

Esa es la vocación que me ha tocado en suerte, una especie de anfitrión en esta ciudad a la que viene a parar mucha gente confundida. El café, preparar café, apenas ha sido un pretexto para poder conectar con tanta gente que necesita ser escuchada, que requiere un rostro amable, una sonrisa de complicidad, una presencia que diga: “no me importa quién eres, aquí tienes la oportunidad de ser alguien nuevo” y cerrar ese pacto sacramental con una taza de café caliente.

Mi ética en esta noble empresa es simple: no indagar cuál es tu nombre verdadero. Te creo si me dices que te llamas Juan Rulfo o Lucio Blanco, te creo porque aquí hemos venido todos a escribir un nombre nuevo sobre la arena. Tenemos ese derecho irreductible: el derecho a retractarnos, rehacernos, renombrarnos y desaparecer. El derecho a despertar un día en una ciudad hermosa en donde es posible mirar el cielo, la tierra y los pájaros como el primer hombre. Y exultar alrededor de una barra de café, en comunión con todos los exiliados: “Mirad, son nuevas todas las cosas”. **LPyH**

Carlos Spíndola (Orizaba, 1992) estudió filosofía aristotélica y Lingüística y Literatura Hispánicas (BUAP) para ejercer mejor su trabajo como contador de historias en una barra de café en la ciudad de Xalapa, Veracruz.



Beatriz Sánchez Zurita: *Bosque México-Japón núm. 6*